

El caballero de las mil máscaras.

Juan Deodato Carranza Alvarado



EL
CABALLERO
DE LAS MIL
MÁSCARAS.

JUAN DEODATO C. A.

Capítulo 1

EL CABALLERO DE LAS MIL MÁSCARAS.

"En donde esté una piedra solitaria, sin inscripción alguna, donde habite el olvido, allí será mi tumba"

-Gustavo Adolfo Bécquer.

Don Fernando de Toledo, un hidalgo español reconocido, admirado e idolatrado por todo aquel que lo veía, pues había participado cinco años atrás en la heroica defensa del gran sitio de Malta. Cuando acudía a la taberna o a la hostelería a refrescar la garganta, siempre había alguien que alzando su tarro le gritaba:

-¡Ea Don Fernando, a vuestra salud!

El respondía el saludo cordialmente, bebiendo de su copa, o levantándose para hacer una reverencia. En ocasiones, también entre aplausos y vitoreos, le pedían que contara alguna hazaña, alguna anécdota, sobre aquella bélica campaña defensiva contra las tropas de Solimán.

A él le encantaba narrar con lujo de detalle aquella escaramuza final en el fuerte de San Ángel, en donde todo parecía derrota, donde la moral de los soldados casi desfallecía, hasta que vieron la esperanza de ver los barcos otomanos salir con el rabo entre las patas.

Todo parecía ser perfecto en la vida de aquel caballero, tenía lo que mucha gente aspiraba tener en aquella época: Fama, gloria, reconocimiento y riquezas. Pero está claro que no todo lo que relumbra es oro.

Pues hay una parte en esta historia, en donde no todo es alegría sino tristeza, no es gozo sino desesperación, no es hidalguía sino cobardía.

Cuando Don Fernando de Toledo llegaba a su morada, cambiaba por completo su semblante, en aquel lugar se percibía un ambiente lleno de melancolía, no ofrecía esa calidez que suelen dar los hogares, sus paredes eran frías como lápidas, ni siquiera aquel fogón parecía calentar el lugar.

El silencio reinaba en todo rincón, solo se escuchaba el crujir de la leña, en cuanto a Fernando, se la pasaba la mayor parte del tiempo meditando, suspirando y rezando. Cuando era el momento de dormir, se llevaba

desenvainada a una mano su fiel espada, una cazoleta española forjada en las mejores herrerías de Toledo.

Cuando se acostaba en su cama, ponía al lado su espada, justo al alcance de su diestra mano para cualquier eventualidad, remojándose los dedos en sus labios, apagaba la mecha de la vela para disponerse a dormir.

Después de un determinado lapso de tiempo, en donde todo era quietud y tranquilidad, volvía a suceder... volvía a pasar lo que cada noche a partir de las tres comenzaba a emerger. Cientos de fantasmas y apariciones espantosas, se presentaban alrededor de la cama de Don Fernando. Todos llevaban armaduras rotas, alguna flecha o espada atravesada en algún punto de su cuerpo.

Sus llantos y alaridos hacían del que los escuchara un tormento, al primer instante que Don Fernando los escuchaba, saltaba de su cama con espada mano, que con gran bravura y valentía los retaba.

-¡Ninguno de vosotros me amedrenta! ¡Venid espíritus malignos, sombras de lo que alguna vez fueron mis enemigos, si no me tembló mi mano al momento en que os maté, verdadero placer me dará el volverlo hacer!

Pasaba de lado a lado, intentando dar una estocada a aquellos fantasmas, desde luego que todos sus intentos eran vanos. Aun así no dejaba de esgrimir su espada por todo el resto de la noche, hasta que con la primera luz del día que recibía la habitación, desaparecían, volviendo todo de nuevo a la tranquilidad.

Aquello era una maldición que tenía que pasar Don Fernando cada noche, el cansancio no solo era físico, también era emocional y desde luego mental. Tenía que recuperar fuerzas en la mañana, salir por la tarde por un trago y esperar en la oscuridad a sus inoportunos invitados de nuevo.

Después de varias semanas repitiendo los mismos actos, llegó un día en que no pudo más, completamente ebrio llegó a su casa, entró tambaleando y a como pudo se tumbó sin cuidado alguno sobre la cama, pensando quizás en que se dejaría matar por sus intangibles enemigos.

Cuando estos aparecieron, volvían a hacer escandalosos quejidos y llantos, pero ninguno se le acercaba lo suficiente para herirlo o como él lo esperaba, para matarlo.

Al percatarse Don Fernando de ello, se intentó incorporar, aún recorría el alcohol en su cuerpo, se tambaleaba, intentaba tomar su espada sin conseguirlo, empezó a gritarles cosas sin sentido.

Fue en ese momento de alcohólico trance, que se acercó hasta una de las apariciones demasiado cerca, nunca antes lo había hecho, fue cuando se

percató en uno de ellos, que su armadura destrozada que llevaba, no pertenecía a la de ningún soldado otomano.

Pudo observar con claridad la cruz de ocho puntas, símbolo que solo lo portaban los caballeros hospitalarios de Malta. Aquel descubrimiento, impactó de tal manera a Don Fernando, que hasta el alcohol dejó de surtir efecto en él. Solo se arrodilló y empezó a rezar el resto de la noche por ellos.

Algo pasó desde aquel incidente, que cambió por completo a Don Fernando, no era el de antes, salía a las calles sin su fiel acero al cinto, sin su coraza o sombrero, dejó de tener pinta de guerrero.

Incluso ya casi nadie lo reconocía, pues ya no recibía saludos cordiales ni bebían a su nombre. Los pocos que llegaban a ubicarle, sentían lástima por su aspecto, deduciendo que había quedado pobre y sin talento. De aquel gran hidalgo, solo andrajos quedaron.

Pero poco parecía importarle a Don Fernando lo que pensaban de él, todos los días se dirigía hacia un taller de herrería, en donde era aprendiz de un artesano al que todos le tenían gran respeto, pues se dedicaba a la creación de máscaras mortuorias.

Aprendió en pocos días el raro arte mortuario, supo utilizar la "técnica de vaciado" en yeso, así como el antiguo procedimiento romano que hacían a base de cera de abejas. También procedió a comprar poco a poco todos los materiales y herramientas que ocupaba para hacerlo en casa.

Había logrado transformar su morada en un taller de artes fúnebres, la gente se burlaba de él, ya no lo respetaban, decían algunos incluso, que se había vuelto maniático, otros argumentaban, que dejó las armas por cobardía, que era un cualquiera al que le temblaba la mano.

Ya no se referían a su persona como Don Fernando, tenía un nuevo nombre, un apodo que se llegó a conocer en todo Madrid. Le llamaban el loco de las mil máscaras. Su reputación y sus hazañas en Malta, desde luego, quedaron en el olvido.

Lo que la gente desconocía, era que desde aquella noche, Don Fernando de Toledo se percató, que intentaba reñir con fantasmas que él creía, habían sucumbido víctimas de su espada y que regresaban para tomar venganza, pero solo se trataban de las almas de sus antiguos amigos y compañeros de armas, que habían entregado sus vidas por defender su amada tierra.

Caballeros que nunca fueron enterrados con honores, que sus cuerpos se quedaron perdidos en el campo de batalla para siempre, obligados a penar

por la tierra, gimiendo por su suerte.

Es por ello que cada día, Don Fernando, terminaba una máscara y la colgaba en una de sus paredes de su casa, al caer la noche se dirigía a rezar, para guiar con su voz a cada una de las almas perdidas. Poco a poco eran menos los que se aparecían, y más las máscaras colgadas.

Después de largos años de trabajos forzados sin descanso, Don Fernando finalmente había terminado, la enfermedad, el cansancio y la vejez cobraban factura. Dejando de respirar una noche mientras dormía, con gran satisfacción de haber podido ayudar a cada uno de los caballeros caídos.

La casa era demasiado tétrica para cualquier visitante que llegara y no sabía la historia, pues no había pared que no estuviera completamente llena de máscaras mortuorias.

Pero para toda la gente de Madrid, que finalmente se enteró de los verdaderos motivos de Fernando, volvieron a admirarlo, ahora con más fuerza que cuando antes era solo un hidalgo, ya no era el loco de las mil máscaras, era para todos los madrileños conocido como:

El caballero de las mil máscaras.

FIN.